

La piedad mariana de Sor Juana Inés de la Cruz

Javier García, L.C.

Profesor emérito de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

Notas

Introducción

Sor Juana fue una gran devota de María, una devota ilustrada (no del siglo XVIII, el siglo de los Ilustrados), porque su piedad brotaba de razones teológicas y bíblicas, en torno a la Madre de Jesús. Sor Juana participaba a fondo de la piedad el pueblo de Dios.

En lo que acabamos de decir ya hemos expresado las partes de este artículo: devoción mariana de Sor Juana en sus obras *Ejercicios de Encarnación*, *Los 15 misterios dolorosos*, *Villancicos a la Inmaculada y a la Asunción de María*, y en su práctica del “voto de sangre”.

Se habla y se escribe mucho de la Monja poeta, de sus comedias, de su *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, de la *Carta Atenagórica*, o del *Neptuno alegórico*, y del *Divino Narciso*, que son sus obras “mayores”, pero muy poco o casi nada de su dimensión mariana y, sin embargo, ella compuso más de doscientos villancicos entre los más bellos de la lengua castellana, la mayor parte de los cuales dedicada a la Madre de Dios en su limpia Concepción y en su maravillosa Asunción. Y ella hizo lo que en su tiempo era una práctica frecuente entre los devotos de la Virgen más entusiastas, el famoso “voto de sangre”¹.

I. Ejercicios de Encarnación

Vengamos ya a *Ejercicios de Encarnación*. Se trata de una composición espiritual organizada en nueve días (viene a ser una novena en su sentido más clásico y noble), preparatoria de la fiesta de la encarnación del Verbo de

¹ Cf. *Obras Completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, tomos I, II (Villancicos y Letras Sacras), III, IV, editados los tres primeros volúmenes por Alfonso Méndez Plancarte, entre 1951 y 1953; y el tomo IV, que editó su discípulo y amigo Salceda, en el FCE, 1957. Martha Lilia tenorio ha dedicado un estudio bastante completo al tema de *Los villancicos de Sor Juana* (El Colegio de México, 1999). Cf. D. PUCCINI, «Los villancicos de Sor Juana Inés de la Cruz», *Cuadernos americanos* 24 (1968), 223-252.

Dios, en el seno virginal de María y el inicio de la maternidad divina de María. Para Sor Juana, como para todo creyente cristiano, el punto culminante de la historia tiene lugar con la humanación del Hijo de Dios, su ingreso en la historia en el seno de María. Simultáneamente acontece la maternidad divina de María: la sencilla aldeana de Nazaret adquiere el rango de *Theotókos*, literalmente “engendradora” o Madre de Dios. *Ejercicios de Encarnación* son en realidad ejercicios en honor de la Madre de Dios. También tiene esta obrita su *dedicatoria*: en diálogo directo con María, Sor Juana le dedica estos ejercicios, con tono vibrante y, a la vez, familiar: «Emperatriz Suprema de los Ángeles, Reina Soberana de los Cielos, absoluta Señora de todo lo criado: el dedicar esta obra a vuestros reales y sagrados pies...». Es ofrenda «voluntaria», dice, pero también «restitución debida» por dos motivos: por lo sagrado del asunto, y porque Ella inspiró a algunas personas, devotas de María, que se la pidieran a Sor Juana. Por lo mismo, de ella solo es la «rústica corteza» y «el torpe estilo en que va escrito». Le pide perdón de antemano, no tanto por la rudeza de lo discurredo, cuanto por la «flojedad y tibieza de lo meditado» y por la osadía de tratar tan altos misterios de María y de su Hijo con «su inmundada boca y su baja pluma».

Estructura de cada día: cada día se distribuirá en tres momentos: *meditación*, *ofrecimiento* y *ejercicios*. En la *meditación*, sigue el hilo de la creación como la narra el Génesis. En el *ofrecimiento*, dirige Sor Juana una oración suplicando que María nos alcance vivir en nuestra vida lo que tal perfección significa. En los *ejercicios*, recomienda una serie de prácticas piadosas y penitenciales como ayuno, postración en tierra, invitando a practicar una virtud relacionada con el tema del día y a luchar contra el vicio opuesto. Hay que decir que no es una novena fácil ni cómoda, sino muy exigente por la abundancia de rezos o prácticas ascéticas y por la invitación a la lucha contra los pecados capitales y al ejercicio de la virtud opuesta. Para seglares y gente no muy instruida ni ejercitada en la ascesis, propone alternativas ligeramente suavizadas. Como ejemplo, nos detenemos en el día quinto. Se medita en la creación de peces del mar y de aves en el cielo, que dan a su Reina rendida obediencia. Aquí la piadosa monja remueve las aguas de su fuente de peces y abre la puerta de su interior pajarera para que las aves en tropel salgan a moverse en su elemento y a revolotear por el firmamento con las más graciosas e inesperadas piruetas. Toma la pluma y escribe con trazos de fantasía y gariboleos primaveriles (escribo con la grafía de Sor Juana):

en el quinto día dijo Dios: produzca el Mar diferentes peces, y el Aire aves que vuelen debajo del Firmamento. Crió Dios ballenas y todas las diferen-

cias de peces que tienen las aguas, y todas las aves que ocupan el viento, según sus especies, y dijo Dios que era bueno; bendíjolo y díjoles: Creced y multiplicad y llenad el Mar; y las aves mutiplíquen sobre la Tierra; y así fue hecho el día quinto. En éste, gozaron alma sensitiva aves y peces; habiendo en el tercero, dado Dios alma vegetativa a las plantas, para que así, por grados, fuesen creciendo las primorosas obras de aquella Sabiduría inmensa.

Día de la Encarnación: El 25 de marzo, día de la Encarnación, canta la Autora de Nepantla las glorias y privilegios con que Dios adornó a quien iba a ser su Madre. En este canto de Sor Juana se unen la agudeza de Agustín, la sólida doctrina de Tomás de Aquino, la elevación de pensamiento de León Magno y la ternura de Bernardo de Claraval. No nos resistimos a copiar parte de esta meditación, que bien podría ser la homilía de un Padre de la Iglesia o la reflexión de una autora de la literatura mística del siglo de oro español. Ella misma, al intentar levantar el vuelo de su espíritu, se estremece ante la altura del tema y nos confiesa:

Este día, más era para un doctísimo panegirista, para un elocuentísimo orador, para un elegantísimo retórico, que para el débil instrumento de mi discurso. [...] ¡Oh, válgame el mismo Señor, lo que encierra esta cláusula: ¡Madre de Dios! ¿Madre de Dios? Pues ¿qué mucho que sea Señora del Mundo? ¿Madre de Dios? Luego era preciso que la diesen obediencia los hombres. ¿Madre de Dios? Pues ¿qué mucho qué mucho que se le avasallasen los Elementos? ¿Madre de Dios? Luego con razón se le humillan los Cielos. ¿Madre de Dios? Pues era debido que la jurasen reina de los ángeles. ¡Todo cabe, todo lo comprende, todo lo abraza, rodo lo merece el ser Madre de Dios! Para ese fin la crió Dios, para eso la preservó *ab aeterno*, para eso la adornó de tantas dotes, para eso la dotó de tantas perfecciones, para eso la animó con tantos auxilios, para eso la ilustró con tantas luces, para eso la exaltó con tantas mercedes y tantos favores; pues ¿qué grandeza, qué excelencia o qué prerrogativa se podrá pensar, que no la tenga la gran Señora? ¡Oh cuántas y en cuán sumo grado deben de ser! ¡Solo Dios, que las crió, las puede comprender, y solo la Señora las pudo explicar cuando dijo que había hecho Dios cosas grandes con su Majestad!

Estamos ante un género literario conocido en la religiosidad del pueblo de México y de la Iglesia universal, que son las novenas. Nueve días antes de la celebración de una fiesta litúrgica (como en este caso, antes del 25 de marzo), o de un santo patrono o para pedir por una necesidad especial, se inicia, en cuenta hacia atrás, una serie de oraciones, meditaciones y ejercicios de devoción que se repiten cada día, individual o comunitariamente, durante nueve días. Sor Juana organiza cada día de su novena, como hemos visto, en tres partes, *meditación, ofrecimiento y ejercicio*: en la primera, desarrolla un

tema doctrinal; en la segunda, se pide una gracia o se hace un propósito de vida que corresponda al tema meditado; en la tercera, se propone una serie de oraciones, penitencias o actos ascéticos. La novedad de Sor Juana no es mero rezo ni simple meditación piadosa, sino ejercicio ascético para mejorar la vida.

Desde el punto de vista *literario*, el estilo es un poco cargado: aquí habla la mujer llena de fe y de sencilla piedad de la Nueva España barroca. Sor Juana escribe de lo que cree y vive, de corazón a corazón. Por otro lado, hay que tener en cuenta que sus destinatarios específicos en este escrito son sacerdotes y comunidades religiosas, de varones y mujeres. Quien no tenga una práctica vivencial de fe cristiana, con su riqueza doctrinal y sus ejercicios devocionales, sin una base mínima de teología, muy difícilmente logrará sintonizar con Sor Juana Inés de la Cruz y captar cómo aquí se juntan piedad fresca y elevación lírica. Hay partes en que el estilo rezuma belleza de pura ley. Nos parecería que asistimos a una noche de fiesta en honor de un santo patrono popular de México en que el cielo se transforma en una selva tropical de pirotecnia de imágenes, de juegos de palabras y aliteraciones, de asociaciones conceptuales de mucha finura y sensibilidad. Por momentos a la Madre Juana se le resbala la pluma de la mano y empieza a hacer piruetas líricas.

Hay que decir que en *Ejercicios de Encarnación* estamos ante un género literario específico, el de la religiosidad popular. La poesía, el teatro, el ensayo que podemos llamar meramente literarios, tienen unas reglas diversas de las que rigen los escritos destinados a la piedad del pueblo; la finalidad de estos es fomentar la fe del pueblo de Dios, lo cual se puede hacer de modo apagado y anodino o con calidades artísticas. Esto nos está diciendo que la religiosidad popular es un fenómeno más rico y amplio de lo que a veces podemos imaginar. En una sana antropología religiosa, es piedad popular tanto una novena o el rezo del rosario, cuanto la creación de una iglesia o de un retablo barrocos; buena parte del arte conventual plateresco o barroco de Nueva España es expresión de la religiosidad popular mexicana. En el campo literario hay también obras que son fruto de la piedad popular, por ejemplo, los villancicos, casi siempre en torno al misterio de Navidad o, en sor Juana, a la Inmaculada o a la Asunción de María, o los autos sacramentales de autores del siglo de oro español o los que escribió la misma Sor Juana Inés de la Cruz. Buena parte de la poesía novohispana, como se puede ver en los tres tomos de Alfonso Méndez Plancarte, *Poetas Novohispanos* (UNAM, México), reflejan temas y tono de religiosidad popular. Y en la América hispana, la pintura cuzqueña o novohispana, y la escultura quiteña, son asimismo obras que reflejan la fe del pueblo creyente.

La religiosidad popular actúa, pues, como manantial de creatividad para los artistas, sean arquitectos, escultores, pintores, músicos, dramaturgos o

poetas; y a la vez, como fuente que sacia la fe del pueblo cristiano. Por lo mismo, las obras que nacen de la piedad popular pueden llegar a ser creaciones altas y nobles para elevación y gozo de espíritus cultivados, y simultáneamente servir de alimento para la fe del pueblo llano.

En *Ejercicios de Encarnación*, Sor Juana rotura un camino nuevo, más aún, en un golpe vigoroso, el Águila, más que el Fénix, de Nepantla, con imaginación inesperada se atreve a un planteamiento grandioso: puesto que María es Madre de Dios, en buena lógica teológica es también Reina y señora del universo; por lo que toda la creación ha de rendirle homenaje y pleitesía. Así la Monja de San Jerónimo concibe la obra y los ritmos de la creación como pensados y realizados para honra de quien sería su reina, María, la Madre del Verbo Divino, de cuya plenitud en el ser ellas participan. Por lo mismo cada criatura rinde permanentemente gloria al Verbo Divino.

Tertuliano lo expresó así: cuando Dios Creador, con sus manos modelaba la arcilla de la que había de ser formado el hombre, tenía ante sus ojos la humanidad de Cristo a cuya semejanza sería formado Adán.

Sor Juana, haciendo contrapunto armónico a Tertuliano (ignoro si conocía este texto), aplica la visión a la Madre del Verbo Encarnado y ve a las criaturas (de las estrellas del cielo a la tierra y al mar, de las aves y las flores hasta llegar al hombre, de la mujer a los ángeles), todas vueltas en espontánea y alegre hiperdulía hacia su Reina y Señora, rindiéndole vasallaje y acatamiento. Esto lo podía hacer solamente una mujer dotada de sensibilidad, de imaginación, de agudeza, de cultura teológica y de devoción mariana genuina.

Para completar este análisis literario de *Ejercicios de Encarnación* tendríamos que repasar el texto de cada día, que no dudo sería tarea grata e iluminadora. Para no alargarnos aquí indebidamente, concluimos estas líneas con algunos trazos, como de un boceto de urgencia, de su estilo literario. *Ejercicios de Encarnación* es una obra con el alma de acero de la teología, pero con el soplo lírico de la poesía y el candor de la piedad fresca y sencilla del pueblo creyente. *Ejercicios de Encarnación* llevan el sello de autenticidad y las galas de las mejores obras poéticas o en prosa de la admirable Autora de San Jerónimo, la polifacética y versátil Sor Juana Inés de la Cruz.

II. Ofrecimientos para el santo rosario de quince misterios

Antes de entrar de lleno en el tema de los quince misterios del rosario, que escribe Sor Juana, es necesario hablar de tres premisas. Una es el contexto de la *religiosidad popular* en el período barroco. Hay que decir que el rosario era algo natural y frecuente sea en el pueblo sencillo, sea en

conventos y comunidades religiosas de varones y de mujeres. Sor Juana Inés de la Cruz recoge con naturalidad este acto de religiosidad popular. Lo único original de Sor Juana es el haberles denominado “ofrecimientos” y el haber ideado quince misterios nuevos, sin reducirse a presentar los tradicionales cinco misterios dolorosos (hará falta la llegada del Papa Juan Pablo II, polaco, poeta y con sus ribetes de místico, para añadir los cinco misterios “luminosos”). Fue originalidad de Sor Juana el presentar quince misterios de dolor, con escenas dictadas por su sensibilidad mariana y contemplativa.

La segunda premisa es el haberlos titulado “ofrecimientos”, no “misterios” del rosario como suele ser común. “Ofrecimientos”, porque enseguida se ve la intención de Sor Juana: no son unos simples “misterios” de la Virgen o del Señor, que se recorren al ritmo de avemarías, sino ofrendas espirituales que se hacen a Dios o a la Virgen acordes con el tema o la escena que se medita. La concordancia entre el misterio contemplado y el ofrecimiento que se hace es natural y elemental, pero en algunos asoma la fina sensibilidad de la Monja Poeta. Hay otros en que Sor Juana refleja la teología de su tiempo, pero sobre los que la Iglesia después del Vaticano II ha expresado con mayor precisión. Aquí nosotros que admiramos tanto la Madre Juana, nos permitimos alguna precisación en algunos puntos doctrinales.

La tercera, el contexto actual de escritores o intelectuales que no dan rango de literatura pasable a esta novena, sino el de un ejercicio para “personas beatas”. Nosotros vemos estos ofrecimientos como punto de la religiosidad popular del tiempo de Sor Juana y como indicio de la fantasía contemplativa y de la sensibilidad mística² de una monja de excepción llamada Sor Juana Inés de la Cruz. Comentamos ahora algunos de los misterios u “ofrecimientos” de Sor Juana:

El primer ofrecimiento trasluce una despierta y muy femenina sensibilidad en Sor Juana: «Jesús es despojado de sus vestiduras ante la muchedumbre»: violencia con que le arrancan las vestiduras, con girones de su carne, añadida a la vergüenza del Hijo, que es también vergüenza de la Madre.

El segundo lo titula simplemente «cuando le vio crucificar», Ella, que era su Madre.

El título del octavo ofrecimiento es titulado «a la lanzada», dada en el corazón del Señor, pero recibida en el de María.

El undécimo, «a cuando volvió al Cenáculo», repasando las pisadas y las huellas de la sangre de su Hijo, renovando todos sus dolores.

² Aceptión del término según la Real Academia: aumento de la vida teologal del creyente.

En el duodécimo, «a lo que sintió María por los que habían de morir sin bautismo». Escribe:

además de la muerte en cruz de su Hijo, ha de sufrir (María) el ver a la innumerable multitud de los que no tendrían conocimiento de su bien y redención y sin gozar de las vivificas aguas del Bautismo irán a ser pasto de la eterna muerte. ¡Oh Señora, cuál era el daño, y qué puñal sería este en vuestra sabiduría, con que pesabais cuál era el daño, y en el amor ardentísimo con que amabais a los hombres, por cuyo remedio aceptaste con tanta resignación los tormentos de vuestro Unigénito! ¡Pues cómo sentiríais el fruto de su sangra y el remedio de los ignorantes infieles!

Aquí Sor Juana refleja fielmente la teología de su tiempo sobre la salvación de los infieles y sobre la suerte de los niños que mueren sin bautismo; todos los descendientes de Adán por generación «pierden la santidad y justicia originales (*Rm* 5,12)»³.

Sobre los niños que morían sin el bautismo no se decía sin más que iban al infierno eterno ni que iban al cielo, sino que iban al limbo, un lugar en el que ni penaba ni gozaban.

Hoy el Vaticano II enseña cuanto sigue:

Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina. En consecuencia, debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo conocido solo por Dios, se asocien a este misterio pascual⁴.

Y sobre los niños muertos sin bautismo, el *Catecismo de la Iglesia Católica* enseña:

En cuanto a los niños muertos sin el bautismo, la Iglesia solo puede confiarlos a la misericordia divina, como hace en el rito de las exequias por ellos. En efecto, la gran misericordia de Dios, que quiere que todos los hombres se salven (cf. *1 Tm* 2,4), y la ternura de Jesús con los niños, que le hizo decir: «dejad que los niños se acerquen a mí, no se lo impidáis» (*Mc* 10,14) nos permiten confiar en que haya un camino de salvación para los niños que mueren sin el bautismo. Por eso es más apremiante aún la llamada de la Iglesia a no impedir que los niños vengan a Cristo por el don del santo bautismo (n. 1261).

³ Cf. CONCILIO DE TRENTO, Sesión V, *Decreto sobre el pecado original* (año 1546), *DH*, nn.1511-1513.

⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 22; *Lumen Gentium*, 16; *Ad Gentes*, 7.

De haber conocido esta explicitación teológica sobre la salvación de los infieles y de los niños que morían sin el bautismo, Sor Juana habría formulado de modo diverso este duodécimo ofrecimiento por el dolor de María. Sin embargo, hay que decir que ella expresa la doctrina ortodoxa de la Iglesia de su tiempo, como hemos dicho.

Decimoquinto: «lo que sintió por los pecados de los justos». Esta vez Sor Juana nos presenta los dolores de María por el sufrimiento de “los justos” y los buenos, como las negaciones de Pedro o la cobardía de los discípulos cuando Cristo es arrestado. Es «más sensible la ingratitud en el hijo que en el esclavo» (320-324). Luego hace una afirmación “teológicamente extraña”, dirigiéndose a la Virgen:

Y más cuando (aunque erais el compendio y reina de todas las virtudes) con vuestra profunda humildad volváis a vos misma los ojos y os parecía que también erais ingrata a vuestro Hijo, y os reputabais por pecadora y por criatura desconocida, culpándoos más agria y He aquí severamente cuanto era más estrechas obligación al Señor. ¡Oh, Reina de humildad! ¿Quién sabrá ponderar el dolor que os causaría esta consideración? (324-330).

He aquí algo que disuena en buena mariología por varias razones: el canto del *Magnificat* nace de dos miradas y de una conclusión: mirada hacia sí misma, viéndose “pequeña”, cercana a la tierra (*humilitas* viene de *humus*, tierra), y “pobre” (quien no tiene otro apoyo que Dios (cf. *Lc 2,48ss*), reconoce su bajeza. Mirada hacia el Señor que pone los ojos en la pequeñez de su esclava y hace en su favor cosas grandes como gesto de su poder soberano. La consecuencia que saca María: «por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (*Lc 2,48*).

De tal consideración María, lejos de sentirse abrumada y “pecadora” por “desconocida” y “ingrata”, se alegra y exulta. Hemos de recordar a nuestra admirable Sor Juana que la humildad de María es, como la definía Santa Teresa, «andar en verdad». Y ella siempre vivió acogiendo en su corazón «la voluntad del Señor» (*Lc 1,38*), y realizándola en su vida. Así también lo percibía su prima Isabel animada por el Espíritu Santo: «¡Bendita tú, entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno!» (*Lc 1,42*). Y añadía: «¡Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (*Lc,1,45*).

Concluimos respondiendo a la reflexión de Sor Juana Inés de la Cruz en este decimoquinto ofrecimiento que María, lejos de sentirse “desconocida” y “pecadora”, se siente muy agradecida al Señor y mira de frente su destino: la llamarán dichosa todas las generaciones de los hombres. Se sabe grande porque la ha hecho grande el que es Todopoderoso, y a Ella no lo queda sino reconocerlo serena y gozosamente.

Conclusión

Estos ofrecimientos del Rosario por los dolores de la Virgen María pertenecen a la serie de escrito místicos de Sor Juana Tanto los *Ejercicios de Encarnación*, como los *villancicos* o el *voto de sangre*, pertenecen a la dimensión mística de Sor Juana Inés de la Cruz, es decir, son expresión de su intensa vida de creyente, con una especial penetración en el misterio de Dios, de Cristo, de María y de los Santos. La doctrina teológica, espiritual y ascética que encontramos en ella, como en la totalidad de las demás obras poéticas y dramáticas, brillan no solo por una fe cristiana robusta y están sustentada por una recia estructura doctrinal, con las ligeras salvedades que hemos hecho, sino que hay también en ellas una gran sensibilidad interior. La contemplación de las verdades y misterios de Cristo y de María encontraba en ella resonancia hondas y duraderas. No era la Madre Juana monja rezandera de inercias distraídas y cansonas, sino creyente de fe viva y lúcida, con la fina sensibilidad de espíritu que muestra en todo. Ella expresaba su vida de creyente de modo fresco y lúcido, la vida teologal arropaba su existencia entera.